

Hecho: Estoy crucificado con Cristo |

Gálatas 2:20

«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo por la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál. 2:20).

No sería desacertado enfatizar lo que esta escritura *sí* dice, señalando lo que *no* dice.

No dice: «Quiero ser crucificado con Cristo». No dice: «Ojalá fuera crucificado con Cristo, para que él viviera en mí». *Sí* dice: **«Estoy crucificado con Cristo»**.

De nuevo: No dice: Pablo fue crucificado con Cristo; Cristo vivió en Pablo; y el Hijo de Dios amó a Pablo y se entregó por Pablo. Todo eso es verdad; pero eso no es lo que dice la escritura, ni es lo que significa; pues significa exactamente lo que dice. Y dice: *«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo por la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí»*.

Así, este versículo es un hermoso y **sólido fundamento de la fe cristiana** para toda alma en el mundo. Así se hace posible que toda alma diga, con plena seguridad de fe cristiana: *«Él me amó»*. *«Él se entregó a sí mismo por mí»*. *«Estoy crucificado con Cristo»*. *«Cristo vive en mí»*. (Lea también 1 Juan 4:15).

Que un alma diga: *«Estoy crucificado con Cristo»*, no es hablar al azar. No es creer algo por una conjetura. No es decir algo de lo que no hay certeza. Toda alma en este mundo puede decir, con toda verdad y sinceridad: **«Estoy crucificado con Cristo»**. Es simplemente la **aceptación de un hecho**, la aceptación de algo que ya está hecho, pues esta palabra es la declaración de un hecho.

Es un **hecho** que Jesucristo fue crucificado. Y cuando él fue crucificado, nosotros también fuimos crucificados; porque él era uno de nosotros. Su nombre es **Emmanuel**, que significa *«Dios con nosotros»* —no Dios con él, sino *«Dios con nosotros»*. Si su nombre no es Dios con él, sino *«Dios con nosotros»*; y si Dios con él no fue Dios con él, sino Dios con nosotros, entonces, ¿quién era él sino *«nosotros»*? Él tenía que ser *«nosotros»* para que Dios con él no fuera Dios con él, sino *«Dios con nosotros»*. Y cuando él fue crucificado, entonces, ¿quién fue sino *«nosotros»* el que fue crucificado?

Esta es la **gran verdad** anunciada en este texto. Jesucristo era *«nosotros»*. Él era de nuestra misma carne y sangre. Era de nuestra propia naturaleza. Él fue en todo semejante a nosotros. *«Le era menester ser hecho en todo semejante a sus hermanos»* (Heb. 2:17). Se despojó a sí mismo y fue hecho semejante a los hombres. Él fue *«el último Adán»* (1 Cor.

15:45). Y precisamente como el primer Adán *éramos nosotros mismos*, así Cristo, el **último Adán**, *fue nosotros mismos*. Cuando el primer Adán murió, nosotros, estando implicados en él, morimos con él. Y cuando el último Adán fue crucificado —siendo él nosotros mismos, y nosotros estando implicados en él—, **fuimos crucificados con él**. Así como el primer Adán era en sí mismo toda la raza humana, así el último Adán era en sí mismo toda la raza humana; y así, cuando el último Adán fue crucificado, toda la raza humana —la **vieja naturaleza humana pecaminosa**— fue crucificada con él. Y así está escrito: «*Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado*» (Rom. 6:6).

Así, toda alma en este mundo puede decir verdaderamente, en el **triunfo perfecto** de la fe cristiana: «**Estoy crucificado con Cristo**»; mi vieja naturaleza humana pecaminosa ha sido crucificada con él, para que este cuerpo de pecado sea destruido, a fin de que yo no sirva más al pecado (Rom. 6:6). No obstante, vivo; y ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí. Llevando siempre en mi cuerpo la muerte del Señor Jesús —la crucifixión del Señor Jesús, porque estoy crucificado con él— para que también la vida de Jesús se manifieste en mi cuerpo. Porque yo que vivo soy siempre entregado a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en mi carne mortal (2 Cor. 4:10, 11). Y por tanto, la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.

En este **bendito hecho** de la crucifixión del Señor Jesús, que fue consumada para toda alma humana, no solo se ha puesto el **fundamento de fe** para cada alma, sino que en él se ha dado el **don de la fe** a toda alma. Y así, la **cruz de Cristo** no es solo la **sabiduría de Dios** manifestada de Dios a nosotros, sino que es el **poder mismo de Dios** manifestado para librarnos de todo pecado y acercarnos a Dios.

Oh pecador, hermano, hermana, cree esto. ¡Oh, recíbelo! Ríndete a esta **gran verdad**. Dilo, dilo con **plena seguridad de fe**, y dilo para siempre. «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo por la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*». Dilo; porque es la verdad, la verdad misma y la sabiduría y el poder de Dios, que salva el alma de todo pecado.

[Advent Review and Sabbath Herald | 24 de octubre de 1899]